— Pues quedamos en eso: ¿es verdad, señora?

— Sí, señor, dijo Feliciana.

Pablo tomó su sombrero.

— ¿Se va usted? dijo Inés.

— Son las siete, Inés, y tengo que hacer: esta misma noche averiguo dónde vive don Felipe Mondragón. Adiós, Inés; adiós, señora.

Pablo estrechó la mano de Inés, y bajó las escaleras más contento que un pájaro al salir el sol.

— A casa, dijo al lacayo que cerraba la portezuela.

— ¡Oh, si encuentro á los padres de Inés! ¡qué feliz voy á ser! Pero de todos modos, ella será mi esposa, diga y piense la sociedad lo que quiera; ¡es un ángel!

CAPILLA ALFONSINA

III

Un proyecto de matrimonio

Desde que la «Guacha» refirió su historia al cura de San Luis, no hemos tenido ocasión de volver á entrar en la casa de don Felipe Mondragón; pero los acontecimientos nos conducen allá, y es preciso volver á visitarle.

La habitación de don Felipe respiraba todo el aire de tristeza y abandono que era consiguiente á la disposición de ánimo de su dueño.

Los muebles, poco más ó menos, eran todos los mismos que había cuando Matilde y sus hijos embellecían aquel recinto: Mondragón no había permitido que en nada se hiciera innovación de ninguna clase, y como habían cesado las visitas y el movimiento, todo se conservaba en el mismo estado.

Los muebles iban pareciendo ya de forma muy antigua; las cortinas, los tapices y las alfombras iban perdiendo sus colores, y todavía sobre algunas mesas se advertían, ya un devocionario que usaba Matilde, ya el juguete de un niño, ya un pañuelo de la señora ó el sombrerito de la chiquilla.

Todo causaba una tristeza mortal: aquella casa daba la idea de un reloj parado hace muchos años, que marca el instante en que dejó de andar, como el único recuerdo de que tuvo un movimiento.

Los criados apenas se atrevían á entrar en aquellas habitaciones, y Mondragón, que había querido conservar aquellos recuerdos, pasaba por allí como no queriendo hacer ruido, por no turbar el reposo de alguno y evitando también el mirar aquellos objetos.

Contradicciones inexplicables, pero muy comunes en el corazón de los hombres.

El padre de Matilde murió poco tiempo después de la desaparición de su hija y de sus nietecitos, á quienes amaba entrañablemente; la madre se había ido á vivir al lado de Mondragón, y era la única persona que le asistía. Toda aquella familia, ó mejor dicho, aquellas dos familias, se habían reducido á dos personas: Mondragón y doña Estefanía, la madre de Matilde.

Don Celso los visitaba; pero doña Estefanía le miraba, si no con aversión, al menos con indiferencia.

Don Celso concibió el proyecto de estrechar la amistad que reinaba entre Mondragón y don Juan de Caralmuro, por medio del matrimonio de Mondragón con la hija de Caralmuro.

Este proyecto era muy difícil de realizarse, porque Mondragón no tenía noticia de Matilde, y ésta podía vivir aún, y además, porque él tenía más de cincuenta años, y la hija de don Juan no llegaba á diez y ocho: pero para hombres como don Celso no hay imposibles tratándose de maldades.

Habló á Caralmuro, comunicó su proyecto á Mondragón, atacó por todos lados á Leonor, para comprometerla, para obligarla, fraguó una información de la muerte de Matilde, levantada en Veracruz; y tanto y tanto se movió, que el negocio comenzó á tomar proporciones considerables.

Mondragón y Caralmuro habían tenido algunas conferencias sobre las ventajas de aquel enlace: la vieja Salvadora, vendida en cuerpo y alma á Valdespino, auxiliaba sus proyectos, y la pobre Leonor, sin tener adonde volver los ojos, estaba resignada al sacrificio: Mondragón era para ella un hombre simpático y respetable, como amigo; pero no le causaba esa ilusión que ella adivinaba como el amor; doña Salvadora le había dicho que esas eran sólo cosas de las novelas, y la pobre niña, aunque comprendía que eso no era verdad, callaba.

Murillo estaba siempre en su memoria; pero ¿sabía ella si él pensaba también en ella y si volvería á verle algún día? Leonor comprendió que alimentar aquella ilusión y aquella esperanza, aun cuando no se lo había dicho doña Salvadora, era verdaderamente cosa de novela.

Comenzaban á hacerse los preparativos, y don Celso iba todos los días á la casa de Mondragón.

Largas horas pasaban los dos paseándose por la sala, con las manos en los bolsillos, y echando planes.

—Crea usted, amigo don Celso, decía Mondragón, que he llegado á alborotarme con esta boda.

—Con razón, señor don Felipe: esa criatura es una margarita preciosa; tan virtuosa, tan bella, tan señorita.

—Oigame usted: no es precisamente el deseo de que sea mi esposa lo que me preocupa: ¿usted me comprende? No: es que quiero ya tener familia, que haya alguien que se interese por mí, que goce ó que sufra conmigo; ¡hace tantos años que vivo como en un desierto!

—Tiene usted razón; pero ya su vida va á cambiar.

—Así lo espero: mi edad, como usted ve, no es para tener esas fogosas pasiones de la juventud; pero quiero unir mi suerte á la de esa muchacha, porque la quiero; porque es la hija de un amigo mío, y porque ha sufrido mucho en su vida. Yo no tengo herederos: mi espíritu, tan agitado, envejece á mi cuerpo antes de tiempo; muy

CAPILLA ALFONSINA

pronto dejaré la tierra, y seré muy feliz teniendo ya á esa niña á mi lado, que al cerrar mis ojos se encuentre dueña de mi caudal.

—Esas ideas nobles son muy dignas de usted; pero no pensemos en la muerte, sino en la boda: ¿tiene usted intención de que se celebre muy pronto?

—En el mes que viene.

—De manera que los preparativos irán muy avanzados.

—Mucho: mire usted, tome su sombrero, y vamos á ver unos muebles que me están acabando de hacer.

Don Celso tomó su sombrero, y los dos salieron de la casa. En la puerta de la escalera, una mujer pálida, enferma, haraposa, estaba como esperando algo: al ver á las dos personas que se acercaban, aquella mujer comenzó á temblar convulsivamente.

—¡Pobre mujer! dijo Mondragón, tal vez esa convulsión será de debilidad; veremos que le den alguna cosa. ¡Doña Estefanía, doña Estefanía!

Las convulsiones de la mujer se hicieron más fuertes.

—¡Pero señor, dijo don Celso; los porteros no deben dejar que cualquier mendigo suba así: éstos luego son ladrones ó espías de ladrones!

Quizá la mendiga hubiera contestado á don Celso, si no se presenta en este momento doña Estefanía.

La madre de la «Guacha» vestía de negro: había en-

vejecido tanto, que no conservaba ya en su rostro ni uno de aquellos hermosos rasgos que encendieron los torpes amores de don Celso.

—Señora, ¿me hace usted el favor de que le den de comer á esta pobrecita? dijo Mondragón.

—Sí, contestó doña Estefanía, pasa, hija.

La pobre mujer, al oir que la llamaba «hija» doña Estefanía, lanzó un sollozo.

—Los pobres son muy agradecidos, don Celso, decía Mondragón, bajando la escalera.

—No lo crea usted: eso mismo me figuraba yo antes, contestó don Celso.

Y salieron á la calle.

La mendiga siguió á doña Estefanía como vacilando, deteniéndose á cada paso, mirando todo y limpiándose á excusas su llanto á cada momento.

Era el supremo instante en que todos los rayos del dolor y todos los martirios de la desesperación se reunían en un solo punto para destrozar el corazón de aquella mujer.

Arrastrada por una irresistible fatalidad, había salido de aquella casa, joven y hermosa, adorada de su marido y con dos hijos que formaban su delicia; y volvía miserable, hambrienta, deshonrada, sin atreverse á decir su nombre; sin atreverse á levantar el rostro: su madre, su marido y su verdugo, la veían cara á cara y no la podían reconocer.

CAPILLA ALFONSINA

Ella lo había perdido todo por salvar la honra de su madre; y después de tan costoso sacrificio, encontraba viviendo tranquilos á los únicos responsables de su desgracia: á doña Estefanía y á don Celso.

Se necesitaba tener el corazón más religioso para no blasfemar de la Providencia: la «Guacha» le tuvo; pero no pasó de allí su abnegación, y el odio más profundo contra don Celso hirvió en su pecho.

Dirigió sus miradas por el interior de las piezas, y reconoció su cama, que se descubría por una puerta del corredor; su costurero, todo, todo, hasta sus macetas y las jaulas de sus pájaros favoritos; sólo que ni los pájaros ni las plantas existían.

¡Qué raudal inmenso de dolorosos recuerdos brotó en su alma! ¡Qué sentimientos por tanto tiempo casi apagados, se encendieron en el seno de aquella mujer desgraciada! Quiso gritar, pero ya no pudo; sintió que le faltaba el corazón, vaciló, se apoyó un momento en el barandal del corredor, y luego cayó desmayada.

CAPILLA ALFONSINA

IV

En el jubileo

El padre Antonio, nuestro antiguo conocido, tuvo que regresar á su curato de San Luis, sin haber logrado averiguar el paradero de su pobre Roque. Don Plácido y la «Guacha» determinaron quedarse en México.

Don Plácido encargó de todos sus negocios en la costa al buen cura, y vivía en la capital con lo que éste le enviaba, atendiendo á su salud, extraordinariamente quebrantada de resultas de las heridas, y con la firme resolución de no volver jamás á la Costa.

La «Guacha», como una expiación de sus faltas, quiso pasar su vida en la miseria y manteniéndose con el amargo pan de la mendicidad, sin aceptar los sinceros ofrecimientos del cura, que quería volverla á llevar consigo.